

noxtitlan, á Jalisco y á la fortaleza del Mixton (*): que los mas ilustres de sus obispos, como Alcalde y otros ciento, de quienes recibió beneficios inmensos, vistieron el sayal de un monasterio, antes que llevar la púrpura del pontificado. Ni olvidará jamás que de los Colegios de propaganda fide, han salido centenares de apóstoles á llevar la luz de la fé entre los bárbaros; que han ido á sostener en nuestros presidios de la frontera el valor de los viejos milicianos que fueron una barrera contra las incursiones destructoras de los salvajes; que, en medio de los pueblos civilizados, esos mismos apóstoles se esparcen por la sociedad vivificando las virtudes cristianas, reformando las costumbres públicas, extinguiendo los inveterados ódios y restableciendo el orden y la paz en el hogar doméstico. Méjico, Querétaro, Guadalajara y Zacatecas, no pueden olvidar alguna vez que, en esos monasterios donde se observa el rigor de la primitiva disciplina, donde se respira un ambiente tan puro y tan santo como el de las antiguas lauras del desierto, encuentran sus hijos consuelos inefables; que allí van millares de ellos en cada año, á desprenderse del hombre antiguo y revestirse del nuevo, para salir mas aptos y mas dispuestos al desempeño de los deberes sociales; que á San Fernando y á la Cruz, y á Zapópan y a Guadalupe, van innumerables personas de todo sexo, condicion y edad, á mendigar lo que ni la sociedad humana, ni la falsa sabiduría del mundo, pueden darles jamás ¡la paz del corazón! y por fin, que de esos claustros humildes, han salido y saldrán siempre hombres ilustres por

(*) Despues de la batalla del Mixton, los padres Fr. Antonio Segovia y Fr. Miguel de Bolonia, salvaron la vida de mas de seis mil indios que el virey Mendoza iba á mandar pasar á cuchillo. Se parecen estos héroes á los generales constitucionistas que, en momentos supremos, por correr ellos primero, dejan á perecer á sus soldados. Era bueno mandar á esos generales á que aprendieran entre frailes á no ser cobardes.

sus letras; capaces de confundir con una ciencia robusta y bien cimentada, la falsa sabiduría de los charlatanes de la época, que blasfeman de todo porque nada entienden.

XIV.

¿Pero cómo es que, impuesto el pueblo mejicano de lo que valen por su esencia los institutos monásticos, de los inmensos beneficios que de ellos ha recibido y está constantemente recibiendo, permanece impasible á presencia de las maquinaciones de los impíos que se han conjurado en contra de los mismos? ¿Cómo es que no se ha levantado en masa á parar el golpe que los malvados descargan sobre sus antiguos benefactores, sino que estos, á fuer de proscriptos, tienen que andar errantes por diversos lugares, apurando sufrimientos sin número y espuestos á cada paso á ser víctimas de la crueldad encarnizada de sus perseguidores? Es que el pueblo mejicano que ha venido á dar á un indiferentismo helado, á una apatía de muerte, no parece sino que de mucho tiempo acá, se ha resignado á aceptar sobre sí, las inmensas responsabilidades de los crímenes de cierta canalla que, invocando el nombre del mismo pueblo, insulta con descaro al cielo y á la tierra, á Dios y á la sociedad.

Por eso ha permanecido en silencio, presenciando acontecimientos que debieran formar épocas inolvidables para una sociedad eminentemente católica. Pero tambien, por lo mismo, soporta ya todo el peso de esos crímenes públicos, que le oprimen con desgracias sin cuento, y con la representacion de un porvenir infausto. La guerra con todos sus horrores, la desmoralizacion ge-

neral que amenaza disolver todo vínculo social, la impiedad frenética que extingue hasta los consuelos estrechos que el mortal anhela por conservar cuando todo lo ha perdido sobre la tierra; todo está ya sobre nosotros, y vendrá despues todavía el hambre con su cortejo horrible de calamidades, y la terrible peste, presagio del esterminio de una generacion.

Justos castigos que todos debemos recibir sin tener derecho para quejarnos siquiera, así como, sin levantar la voz, sin hacer un esfuerzo contra el escándalo, hemos aceptado esa responsabilidad solidaria que contrae una sociedad en cuyo nombre perpetran los crímenes mas atroces sus magistrados y sus conscriptos. Sí; los pueblos y las generaciones, en calidad de tales, tienen responsabilidades espantosas que reportan en masa, y que pagan en comun. Entónces sucede que hasta el inocente infante perezca á manos de su madre criminal, que no rehusa alimentarse del fruto de sus entrañas: entónces acontece que el Pontífice santo sucumba al pié del altar que baña con su sangre, cuando ofrecia un holocausto por las desgracias de su pueblo: entónces se ve cómo ante las justicias del Señor, así perece el inocente como el culpable; cómo ante el Dios de las batallas se confunde en el mismo campo la sangre del soldado de las huestes de David, con la de los rebeldes de las chusmas de Absalon: entónces asombra ver cómo se mezclan las lágrimas inocentes de la vírgen del Santuario, que espira murmurando una plegaria, con el llanto inmundo de la hembra soez que sucumbe en medio de una bacanal.

Por el pecado de vanidad de un rey, manda el Señor la peste asoladora sobre Israel; y desde Dan hasta Ber-

sabex, perecen setenta mil hombres (*). A causa de que entre los hijos de Israel se encontraban impíos que ponian trampas á los hombres, como las que se arman á los pájaros, y que tendian redes para cojer á los incautos, por esto dijo el Señor: “¿Y no castigaré yo tales excesos? ¿y no me vengaré de una nacion tan criminal? Por esta gente se han hecho en la tierra cosas estrañas, y que se oyen con el mayor asombro. Los profetas vendian por vaticinios sus mentiras, los aplaudian los sacerdotes palmoteando, se les acercaban, y aprobaban su conducta con una cobarde deferencia; y en esto hallaba mi pueblo su contento. ¿Cuál será, pues, el castigo que al fin le daré?” [†]. Hé aquí que Dios escogita el castigo que habria de dar á un pueblo, cuyo pecado consistia en tolerar á los malvados y complacerse con el espectáculo de sus crímenes. Determina el Señor castigar á las ciudades nefandas por las maldades de sus moradores, y para que el justo Lot con su familia, no fuese envuelto en la ruina de los pecadores, con quienes no comunicaba en el crimen, fué necesaria la intervencion de todo el valimiento de Abraham (‡).

Y en todo esto, ¿acaso obra Dios con injusticia? No; en manera alguna. Para que quede ilesa la justicia divina, basta que el Señor en el juicio particular con cada hombre justo, que perece entre los pecadores, les retribuya según la justicia de cada cual; pero sin que sea preciso que su misericordia los salve de las calamidades generales que asuelan á los pueblos; es decir, sin que les exima de la participacion comun que todos y cada uno de los miembros de una sociedad, deben tener en la res-

[*] 2º de los Reyes XXIV, vv. 14 y 15.

[†] Jeremias, cap. 5º, vv. 26, 29, 30 y 31.—nota 1ª al v. 31.—Vencé.

(‡) Génesis, cap. 18 y 19.

ponsabilidad solidaria por las obras de una generacion. El mundo todo es como las sociedades; estas como las familias, y ellas como los individuos. Una vez establecido el orden de la Providencia, y no interrumpido su curso por cataclismos fenomenales en el orden físico ó moral, Dios no está obligado á obrar milagros para salvar al individuo, á la familia, á la sociedad ni al mundo, del torrente de acontecimientos que viene por la voluntad de los mismos que son arrollados.

Hoy, Méjico reporta las consecuencias de crímenes de otros días. Sin necesidad de remontarnos muchos años atrás, basta una ojeada sobre el cuadro de la época, para encontrar la esplicacion de los horrores actuales. En 1856, los impíos despojan á la Iglesia de todos sus bienes: una parte del pueblo se hace cómplice directo en el sacrilegio; la otra permanece fría espectadora de aquel escándalo, y en pos ha venido el estermio general de la propiedad. Muchos hombres invocaron en diversos lugares la causa santa, y ensayaron derrocar al coloso de Ayutla: para ello imploraron el auxilio de los poderosos, quienes por no abrir sus tesoros, despreciaron como delirios y sueños los nobles arranques de los valientes. y en pos ha venido la persecucion á los poderosos, y la ruina de los mismos intereses á favor de cuya efímera conservacion se aceptó la corrupcion de principios de moralidad. Atacaron los impíos la fé del Evangelio, la autoridad soberana de la Iglesia, los derechos de los ungidos de Dios, y el pueblo guardó silencio; pero en pos ha venino la impiedad en sus formas mas horrendas, en sus mas terribles consecuencias; y la abominacion de la desolacion ha invadido hasta el tabernáculo del Dios Vivo. Se atacó la moral pública y privada con leyes cánicas y absurdas; el

pueblo enmudeció como un imbécil. . . . y en pos ha venido la violacion de millares de las hijas de ese pueblo, y la deshonor de centenares de familias, y la pública prostitucion elevada á la categoría de una ley. Se publicó y se juró una constitucion absurda é impia: se publicó en nombre de la soberanía del pueblo, y se juró en nombre de la conciencia del pueblo: y éste guardó silencio como un menguado. . . . Unos cuantos sacuden la terrible responsabilidad y levantan su mano armada en señal de anatema. Un pueblo dá siete mártires (*); otro sacrifica trece víctimas ilustres (†); algunos mas, hacen tambien un esfuerzo; pero la nacion en masa ve con indiferencia correr la sangre de los creyentes; y se olvida que tiene hombres que pueden empuñar el acero, y espera con necedad que un milagro providencial venga á salvar la situacion extrema; pero en pos vienen las matanzas de Salamanca, de Zacatecas, de Guadala-

(*) S. Juan de los Lagos en 14 de Abril de 1857, se opone á la publicacion de la constitucion y sella sus creencias con la sangre de sus hijos, á qui en entusiasmo y encabeza el ilustre y denodado D. Miguel Zermeño, víctima de la demagogia, y mártir de su fé y de su patriotismo.

[†] Mascota en 14 de Abril de 1857: esta villa impide la publicacion de la constitucion y levanta una acta en que jura sostener la causa de Dios, de la Religion y de la patria. Se sostiene hasta el 1º de Mayo, fecha en que Rocha con cuatrocientos cincuenta hombres y dos piezas de montaña, fué á batir á la fuerza pronunciada; ésta, en número de ciento quince infantes y veinte caballos, presenta accion, en que es envuelta por el número de los enemigos; de ellos mueren treinta y dos, y una concubina que llevaba Rocha; de los hijos de Mascota murieron trece. El pueblo de Mascota creyó que seria secundado en su movimiento por otros pueblos sus hermanos; pero se engañó. Parrodi hizo proposiciones pacíficas á los jefes del pronunciamiento; pero estos no las aceptaron, por ser peligrosas para el pueblo, y opuestas al programa que habian invocado. Algunos calificaron como temeridad punible haber comprometido un lance de armas, tan desigual por el número y armamento de cada parte; pero los jefes pronunciados creyeron de honor para la causa invocada y para el mismo pueblo, el sucumbir con honra ó triunfar con gloria. El sacrificio no fué perdido, porque desde el 1º de Mayo de 1857, hasta el triunfo de la reaccion en Jalisco, en varios movimientos que se hicieron en sentido del primero, Mascota vió correr la sangre de mas de ochenta hombres que peleaban contra la constitucion, ó perecian en defensa de ella. Nunca es estéril el sacrificio de un pueblo leal, que ve correr la sangre de sus hijos en defensa de ciertos principios: no hay bautismo que dé tanta fé, como el que se recibe con sangre. Mascota ha permanecido fiel á la causa del orden, no obstante las vicisitudes de la guerra; y esto sin contar con elementos de ninguna clase; cuenta solo con corazones leales y con hombres que no pelean por paga, sino que combaten por conviccion, en defensa de la fé de sus mayores.

ajara, de Ahuatlulco, de Atequiza, de San Joaquin, de Palo Alto, de Tacubaya, de Colima, de Tepic y de cien campos mas, en que se mezcla liumeante la sangre de vencedores y vencidos; en que los fragmentos de la cruz se revuelven con los pedazos del hacha impia; en que caen á millares los hijos de ese pueblo indiferente, y en sus postreros ayes se confunden horriblemente la piadosa invocacion del soldado de la fé, y la execrable blasfemia del sacrilego robador!!!

Ha venido luego la desmoralizacion universal; crímenes sin ejemplo en los anales del mundo culto; maldades sin nombre y sin calificacion: los altares desaparecen y los sacerdotes son asesinados; las poblaciones enteras son arrasadas por el incendio, y las pasiones más soeces se desbordan por todo el país; y para poner el sello á tanto mal, viene la traicion á la patria y después vendrá la disolucion general.... solo faltan esos castigos comunes, con que la Providencia, sin intervencion de mano de hombre, sin señalar individuos que sirvan de víctimas expiatorias, solo designa la sociedad maldita para que el ángel de las venganzas del cielo, derrame sobre ella hasta la última gota, la copa rebozante de la cólera de Jehová.

Todo esto se pudo prevenir, si en mejores dias la tempestad se hubiera conjurado de lejos. Pero no sucedió así. Y del pueblo mejicano se puede decir con el profeta de las lamentaciones: *Pues qué en mi pueblo se hallan impíos... y por esta gente se han hecho en la tierra cosas estrañas y que se oyen con el mayor asombro; y en esto hallaba mi pueblo su contento? ¿Cuál será, pues, el castigo que al fin le dare?*

XV.

Hemos concluido. No ha sido nuestro propósito, al escribir estas líneas, como ya dijimos antes, hacer una vindicacion completa de los institutos monásticos, ni ocuparnos de la defensa de una regla, ni hablar de las altas relaciones que pueden versarse entre el verdadero progreso social y los elementos de vida que se desarrollan al abrigo de los muros de los claustros. No; nada de esto, porque de nada somos capaces.

Flagrante el crimen de Gonzalez Ortega, que hizo desaparecer en un momento en Zacatecas el Colegio Apostólico de Guadalupe, mirando, como hemos visto llegar á esta capital á muchos de los ilustres proscriptos, estenuados por la fatiga, consumidos por el hambre, abrumados por el pesar, recordamos que á esa casa hemos ido en pos de la paz del alma, de la tranquilidad del corazon; y la hemos encontrado, no obstante las horrascas y turbulencias de la edad de fiebre; á pesar de un torrente de pasiones que nos parecia ser capaz de arrollar con su empuje al mundo entero. Al hacer este recuerdo con amor y con gratitud, nos creímos obligados á decir una palabra, derramando una lágrima sobre las ruinas hacinadas por la furibunda demagogia. Para llevar á efecto nuestro pensamiento, no nos hemos creído autorizados ni por la copia de doctrina, ni por la madurez del juicio, sino únicamente por la abundancia del corazon. Hemos visto y conocemos la obra destruida; hemos admirado sus bellezas; nuestro corazon ha sido dominado por sus encantos, y se nos vino á los labios, sin pensarlo, aquella frase del Salmista: *He creído, por eso he hablado*; y hablamos, en efecto, con el interes de que alguno siquiera se convenza de que en las obras del error *Todo hombre es falaz, es embustero* [*].

Si: hablamos porque creemos, porque tenemos fé, y al hacer blason de nuestra fé, tenemos en ello el orgullo que es lícito tener, cuando al mismo tiempo confesamos

[*] Credidi; propter quod locutus sum.... Omnis homo mendax. —Salmos 115, vv. 10 y 11.

que todo lo hemos recibido de otra parte, y por tanto no debemos gloriarnos de cosa alguna, como si todo lo tuviésemos por nosotros mismos (*).

Hemos visto aquello de que hablamos: hemos sentido lo mismo que decimos. Por tanto, escitamos á todos los que quieran saber cuanto importa el crimen de la demagogia que pretende extinguir las órdenes religiosas: á que procuren primero conocer esas asociaciones divinas: á que se penetren de su espíritu: á que vayan á sentir sus influencias bajo las bóvedas de un monasterio. Pero todo esto con buena fé, con recto corazon y con espíritu humilde. En ello, como en todo, es necesario no olvidar aquel pensamiento de Bernardin de Saint Pierre: "La verdad se ha de buscar con un corazon sencillo: solo se ha de comunicar á los hombres de buena fé; y solo se puede encontrar en la naturaleza." Es decir, juzguemos de las cosas sin preocupacion, y procurando desentrañar su naturaleza íntima sin contentarnos con recorrer superficies.

Porque no hacen esto Juarez, Gonzalez Ortega y ninguno de los de su escuela; por eso blasfeman de lo que no comprenden; por eso destruyen los monumentos mas grandiosos, sin prever que pueden ser aplastados bajo tan grandes ruinas. ¡Insensatos! Invocan la reforma y el progreso social, y pretenden arrancar el nivel de la mano del Omnipotente para dar su aplomo á los escombros que precipitan!

Si entre las turbas demagógicas viéramos hombres de una virtud austera, de unas costumbres ejemplares, á estos permitiríamos hablar de los institutos monásticos y de su espíritu: si viéramos verdaderos sábios, envejecidos en el estudio de las ciencias sagradas y profanas, llevaríamos en paz que estos emitieran su juicio sobre la influencia de los monasterios en la marcha social, sobre el atraso en que dizque se encuentran los claustros, sobre las rémoras que estos puedan oponer al progreso material del mundo, al desarrollo de la inteligencia y al complemento perfecto del individuo.

Pero sucede al contrario. Declaman contra los votos

[*] S. Pablo.

monásticos los que insultan á la sociedad con la inmoralidad mas desenfrenada: las desnaturalizadas mugeres que, olvidadas del decoro propio de su sexo, pasean con un cinismo escandaloso entre los bandidos armados, á los pies de los cadáveres de Piélagos y de Monayos, asesinados por la demagogia (*). Hablan de progreso social, de adelantos intelectuales unos necios que á lo sumo han formado su inteligencia y nutrido su corazon, con una erudicion indigesta adquirida en columnas de periódicos y en las novelas de Dumas y de Eugenio Süe. Hombres todos desgraciados de quienes se puede decir con San Judas: *Estos, al contrario, blasfeman de todo lo que no conocen, y abusan como brutos animales de todas aquellas cosas que conocen por razon natural. . . . nubes sin agua, llevadas de aquí para allá por los vientos; árboles otoñales infructuosos, dos veces muertos, sin raíces; olas bravas de la mar, que arrojan las espumas de sus torpezas, exhalaciones errantes, á quienes está reservada una tenebrosísima tempestad que ha de durar para siempre* (†).

¡Pueblo mejicano!: conoce de una vez á los falsos doctores que te predicán libertad, progreso y adelantos materiales. Júzgalos por sus obras, no por nuestras palabras. Mira ese conjunto de doctrinas absurdas que por sarcasmo se denomina *liberalismo*: esas teorías son las que, bajo mentidas frases, propenden á dejarte sin Dios y sin ley y sin templos, y sin sacerdotes, y sin propiedad, y sin honor y sin patria! ¡Pueblo mejicano! juega por tanto tiempo de las maquinaciones de los tribunales: ¿hasta cuándo te cansarás de sufrir los crímenes de los malvados y las habladurías de los charlatanes? ¿Hasta cuándo verás con esa apatía punible la consumacion de tanto crimen como se perpetra en tu nombre? ¿Hasta cuándo llevarás en paz ser el ludibrio del mundo culto, por causa de las locuras de unos cuantos insensa-

[*] El 29 de Octubre del año de 1858 fueron ahorcados en esta ciudad por los constitucionalistas el teniente coronel Piélagos y el capitán D. Aniceto Monayo. En esa misma noche celebraron los bandidos con una serenata aquellos actos de barbarie: y suspensos todavía en la horca los cadáveres de las víctimas, algunas mugeres que se dicen decentes paseaban al pié de los patibulos, y se gozaban en el cuadro que tenían á la vista. Sabemos los nombres de esas hembras desvergonzadas, y solo los llamamos por consideracion á sus familias. El público las conoce, y él dará su calificacion.

[†] Católica de S. Judas, 10, 12 y 13.

tos que calculan sobre las ventajas que puedan sacar de tu inocente sangre? ¡Piensa por una vez sola, que el fuego que hace arder una hoguera, es el mismo que la consume. . . . que á la indiferencia con que miras y toleras el trastorno de todos los principios sociales, puede suceder un tremendo castigo providencial, que en vano te esforzarás por conjurar cuando ya sea tarde!!!

Y Tú, Señor, Autor Supremo y conservador indeficiente de las sociedades, ¿hasta cuándo aplazarás tus justas iras con la sangre de tantas víctimas inocentes, y con la expiación terrible de tantos criminales que sucumben en sus errores? ¿Hasta cuándo te compadecerás de un pueblo, víctima perpétua de los crímenes de muchos, de los errores de tantos otros y de las debilidades é infidelidad de otros mas? ¿Hasta cuándo aceptarás propicio el sacrificio voluntario de los que con recto corazón han invocado tu Nombre Santo, y han abrazado la defensa de tu causa? Mira, Señor, que ya ha corrido á torrentes la sangre de los héroes: los impíos han bebido hasta la sangre de tus Ungidos: la gloria de tu templo ha sido oscurecida, y la ofrenda de tus altares ha sido profanada por cien veces. Atiende á tus apóstoles que vagan errantes y proscritos por diversas partes, á tus esposas que tiemblan de llegar á apurar la copa del mas amargo sufrimiento: á tu pueblo todo que ha ido perdiendo cuanto bien tuviera, y que está espuesto á los silbidos é insultos de otros pueblos sus enemigos. Con una palabra puedes sacarnos del caos en que estamos sumidos. Tenemos fé en tu Providencia y en tu misericordia. Que nunca nuestros hijos puedan decir que sus padres fueran engañados en la fé del nombre que invocaron. Que venga por fin el dia en que, bendiciendo tu poder por el triunfo de tu causa, podamos decir con júbilo: *Hemos creído, y por eso hemos defendido nuestras creencias, y en medio de la desgracia hemos bendecido sin cesar el Nombre Santo de Aquel en quien tuvimos fé. Credidi, propter quod locutus sum.*

Guadalajara, Noviembre 12 de 1850.

En católico.

TENDENCIAS

DE LA

DEMAGOGIA MEJICANA,

MANIFESTADAS

POR SUS PROPIOS HECHOS.



GUADALAJARA:

Tip. de Rodriguez, —2ª. calle de Catedral, núm. 10.

1857.